

Manuel García Verdecia

---

## Final de la infancia de William Blake

para Heberto Padilla

Mujer de la lámpara encendida ve  
hasta el acantilado donde tu niño duerme  
no lo despiertes no, no lo despiertes,  
sólo ilumínale el rostro para que lo  
deje en paz el desconsuelo;  
ha sido cruel, muy cruel el verano,  
una jauría estuvo ladrando toda la noche,  
el miedo lo empujó lejos y dejó atrás  
sus azucenas y cascabeles,  
se escondió en él en esa casa rota donde  
habitan el desamparo y la locura,  
ah, pobrecito, cómo pudo estar quieto  
entre tantos fantasmas, ya no lo velaba  
un inspector de herejías, pero lo acosaba  
un confiscador de creencias;  
tres días velaron frente a su yacija,  
pero él no era destinado a abandonar  
la gravedad de su espacio y ascender  
a los cielos, él era nuestro de carne y hueso,  
no una leyenda creada para beneficiar el odio,  
escribir es estar desde siempre solo  
así que no nos asombra ese cuerpo  
abandonado y roto en el silencio,  
ya sabemos que en su jardín no pastan héroes  
sino mínimos desaforados hambrientos insectos,  
los poetas suelen ser caracoles prescindibles,  
conchas útiles por su brillo ganado  
cuando ya nada late dentro, cuando sólo es  
un murmullo del viento que recuerda  
mares que allí fueron cálida carne y respiración,  
de nada ya valen los informes secretos  
que vuelan al viento como hueca paja de trigo,  
ya son silencio el escarnio y la asechanza,  
y ahora a qué oficio se dedican estos  
palafreneros del terror, esos fogoneros del engaño,  
y qué haremos nosotros que sabíamos de su dolor,

cantaremos alabanzas, elevaremos preces,  
callar es una manera de decir,  
un fragoroso fuego que despierta el cielo,  
¿qué has hecho viejo niño Blake para que  
se ensañaran en tus carnes los canes del odio?  
ya se han acallado tus pinceles,  
las palabras se han quedado frías como  
las piedras abandonadas de una fogata,  
de todos modos un ruido crece y hiere el sentimiento,  
no podemos velarte en respetuoso silencio  
siempre has estado en medio del estruendo,  
ah, ese abalorio mercable del renombre,  
nadie atiende a las señas del sentido,  
esa criaturas que os dejaste en tus papeles,  
¿quién se ocupará ahora de esas criaturas,  
dulces, levísimas, serenas, escrituras?  
no te mató tu sangre enardecida,  
te mató la distancia de ti mismo;  
ve mujer de la lámpara encendida,  
no lo llames no lo despiertes déjalo quieto,  
trae tu lámpara para que le ilumine el sueño,  
que lo deje descansar el desconsuelo.